

¿Ideología en la educación financiera?

Carlos Sánchez Mato

La aplicación de la Lomce (Ley Orgánica de Mejora de la Calidad Educativa) pretende desarrollar el conocimiento de la economía por parte de los ciudadanos. Aparentemente, el hilo argumental es incuestionable: mejorar la cultura financiera de la gente evitará que se adopten decisiones erróneas. De hecho, si algo ha descubierto mucha gente en esta crisis es que no preocuparse por la economía y dejarla en manos de unos pocos, puede ocasionarles funestas consecuencias. Pero no es esto lo que pretende resolver la Lomce. No es su intención que realicemos un análisis crítico global sino que modifiquemos determinados elementos “que no han funcionado” lo que en definitiva supone salvar de su responsabilidad al sistema como tal.

Evidentemente es mucho más fácil creer que un mayor conocimiento financiero por parte de la gente de productos como las cuentas corrientes o las participaciones preferentes evitará reclamaciones en el futuro. O que desentrañar la importancia que tienen determinadas cláusulas en los contratos de préstamo puede evitar las tropelías que las entidades bancarias han cometido. Pero no parece que haya intención más allá de responsabilizar al individuo de lo ocurrido. Y esto forma parte de la carga de profundidad ideológica de enorme poder destructivo que se lanza a la sociedad.

No cuestionar que el problema va mucho más allá del conocimiento individual de los instrumentos y productos financieros que nos encontramos en nuestro día a día, supone culpabilizar a los que firmaron préstamos con cláusulas suelo que limitaban la bajada de los tipos de interés o a los que no fueron conscientes de que los ahorros de toda su vida no iban a un depósito “de los de toda la vida” sino a un producto de elevado riesgo que podía volatilizar su esfuerzo en un abrir y cerrar de ojos.

No menos importancia tiene la inclusión entre las competencias básicas del “espíritu empresarial y emprendedor” que atribuye la creación de riqueza a los emprendedores en lugar de a los trabajadores. No es baladí que se generalicen términos como la “autonomía e iniciativa personal” que forman parte de un claro proyecto de visión neoliberal. Desarrollar determinadas destrezas en los chavales desde la más tierna infancia, tiene que tener un objetivo de rentabilidad. ¿De qué sirve estimular las habilidades manuales para fabricar bonitos collares si no desarrollamos también en ellos la capacidad de rentabilizar y financiar su producción y comercializarlos?

La economía, como ciencia social que es, está marcada por la visión ideológica del mundo que los que la explican tienen. Desconfíen pues, de quienes criticaban la educación para la ciudadanía como asignatura adoctrinadora y ahora ensalzan una ley en la que se dice que la Administración educativa fomentará las medidas para que el alumnado participe en actividades que le permitan afianzar el espíritu emprendedor y la iniciativa empresarial o la función dinamizadora de la actividad empresarial en la sociedad. Entre los criterios de evaluación se incluye que el niño comprenda “los beneficios que ofrece el espíritu emprendedor”. Se trata de ideología pura y dura.

Como también lo es el acuerdo que el BBVA ha desarrollado con la Junta de Extremadura en centros públicos y concertados en los que se ha adoctrinado a alumnos adolescentes y a profesores en planificación financiera y del ahorro, seguros o planes de pensiones desde una perspectiva muy concreta: la de una entidad financiera que obtiene elevados beneficios si consigue patrones de consumo y conducta concretos por parte de la gente. ¿Es educación financiera o adoctrinamiento?

Algunos siempre hemos hablado sin esconder que nuestra visión de la economía era ideológica y que eso incluía la imprescindible subordinación de ésta a la satisfacción de las necesidades humanas. Que hay muchos bienes y derechos que no pueden ni deben estar mercantilizados, es decir, que acceder a ellos no puede jamás estar supeditado a que dispongamos de capacidad individual de poder sufragarlos. Ni alimentación, ni salud, ni educación, ni vivienda tendrían que estar en la ruleta del sistema que marca la rentabilidad capitalista que solamente los proporcionará en la medida en que su producción produzca beneficio monetario, independientemente de la indudable rentabilidad social que supone su provisión. Desde esa base se construye una respuesta diametralmente opuesta a cosas tan habituales y que afectan a la vida diaria de los ciudadanos como dónde depositar los ahorros, cómo financiar mi vivienda y cómo evaluar los riesgos financieros. Nuestro admirado José Luis Sampedro decía que “hay dos clases de economistas: los que quieren hacer más ricos a los ricos y los que queremos hacer menos pobres a los pobres”. También esto es ideología pura...

Si la economía en la educación solo supone un conjunto de recetas impartida desde la óptica que aplaude la lógica del sistema capitalista y que permite responder a las anteriores cuestiones, solamente habremos apuntalado una forma de entender la economía, la que pone por delante las necesidades individuales por delante de las colectivas.

Carlos Sánchez Mato es Coordinador de Attac Madrid